

Reflexiones en torno a la historia social

Constantino Torres Fumero

Profesor. Universidad de La Habana.

La lectura del trabajo del historiador y amigo Oscar Zanetti «Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba», que apareció en la revista *Temas* no. 1 de 1995, me motivó algunas reflexiones que quisiera compartir con los interesados por los problemas de la historiografía contemporánea.

Zanetti afirma en su trabajo que «[...] hasta años relativamente recientes la imagen de la historia de Cuba ha estado esencialmente modelada por la historiografía política», y asegura más adelante: «[...] el desarrollo coherente y multilateral de la historiografía social en Cuba, es hoy una urgente necesidad porque su variada y rica problemática puede introducir un aire renovador y vivificante en las relaciones entre los historiadores y el público lector».¹

Es cierto lo señalado por Zanetti. En la historiografía cubana ha tenido un peso notable la historia política, y sus razones en el trabajo de referencia quedan claramente fundamentadas. Por otra parte, hay que tener en consideración que la ciencia histórica cubana es muy joven, lo que en cierta medida justifica que no se hayan desarrollado en nuestro país escuelas o corrientes historiográficas en torno a las cuales se agrupan un

conjunto de historiadores; aunque es innegable que las influencias de las principales escuelas o corrientes mundiales, de una y otra forma, en mayor o menor medida, se han visto reflejadas en ellos. También es cierto que no ha existido en el país una verdadera tradición de historia social.

Ahora bien, aquí comienza el problema. ¿Qué historia? ¿A qué historia social nos referimos? Está claro que a partir de la década del 60, quizás impulsada por la crisis de valores de la sociedad, los nuevos conflictos sociales y las contradicciones de clase que se estaban dando en el mundo, la llamada historia social fue ocupando un espacio cada vez más amplio, que condujo a una dispersión o fragmentación en el estudio de los temas sobre la sociedad y al surgimiento de lo que algunos califican como nuevas disciplinas independientes dentro de la historiografía social, pero que para otros son solo historia social, aunque reconozcan que hay una dispersión temática. Dos cosas sí son ciertas: una, que es difícil poder hablar de una unidad metodológica; dos, que no está claramente delimitado el campo de la historia social.

Cuando hoy se revisa una serie de trabajos de las más variadas procedencias, es frecuente encontrar que se habla, como de cosas similares o diferentes, de

Está claro que a partir de la década del 60, quizás impulsada por la crisis de valores de la sociedad, los nuevos conflictos sociales y las contradicciones de clase que se estaban dando en el mundo, la llamada historia social fue ocupando un espacio cada vez más amplio, que condujo a una dispersión o fragmentación en el estudio de los temas sobre la sociedad y al surgimiento de lo que algunos califican como nuevas disciplinas independientes dentro de la historiografía social, pero que para otros son solo historia social, aunque reconozcan que hay una dispersión temática.

nueva historia, historia social, historia de las mentalidades, historia de la cultura, microhistoria, historia sociocultural, historia de lo cotidiano, historia desde abajo o de la «novísima historia». Surge entonces la duda: ¿Son todas ellas historia social o cada una constituye un tipo específico de historia con su propia teoría, campo de estudio y metodología?

Considero que uno de los primeros pasos a dar sería llegar, al menos, a un acuerdo acerca de qué se entiende por historia social; pero es difícil encontrar consenso en su definición. Si se revisa el no. 10 de la revista *Historia Social*, del Instituto de Historia Social de Valencia, ante la interrogante ¿qué es la historia social?, nos encontraremos con múltiples explicaciones, aunque difícilmente con una definición que satisfaga a muchos historiadores, incluyendo a una gran parte de aquellos que se autodenominan historiadores sociales. Algo similar sucede cuando revisamos otras obras, ya sea *Historia social/Sociología histórica*, de Santos Juliá, o *La historiografía social de los tiempos modernos*, de René Pillorget, por no hablar de Josep Fontana que la consideró una moda. Una afirmación sí podemos hacer: que hay ambigüedad e indefinición en cuanto a la historia social.

¿Es la *nueva historia* historia social, o es la historia social algo nuevo? En las respuestas a estas preguntas hay un mayor acuerdo. Para una gran parte de los estudiosos este no es un fenómeno tan nuevo. Muchos de ellos reconocen antecedentes y manifestaciones de historia social desde tiempos muy atrás. Carlos Rama² busca sus antecedentes en el siglo XIX, para lo cual se basa en que W.H. Riehl en su *Historia natural del pueblo alemán*, valoriza las costumbres populares, la vida artística y las relaciones con el medio natural. Sin embargo, lo más frecuente es encontrar que las referencias a sus antecedentes las ubiquen desde la primera mitad del siglo XX, haciéndolas coincidir con la escuela francesa de los Anales y con los historiadores marxistas ingleses. Para Bartolomé Bemassar³ sus antecedentes podemos en-

contrarlo en Benedetto Croce y Lucien Febvre. René Pillorget⁴ considera que en el campo de la historia social ya habían aparecido algunas obras antes de 1914 en Alemania, Inglaterra y Francia, para lo que pone como ejemplo las obras de Richard Ehrenberg, R.H. Towner o la de Lucien Febvre sobre el Franco Condado en el siglo XVI. Para Hobsbawm⁵ figuras como Marc Bloch, Fernand Braudel o Georges Lefebvre hicieron historia social aunque no se proclamaron como historiadores sociales. Pelai Pages y E.P. Thompson entienden que el materialismo histórico es una historia social, pero una que se «[...] propone estudiar el proceso social en su totalidad, es decir, se propone hacerlo al parecer no como una historia 'sectorial' [...] sino como una historia total de la sociedad en la cual estarían reunidas todas las otras historias sectoriales».⁶

Si bien es cierto que podemos encontrar historia social desde las primeras décadas del siglo XX, tampoco es menos cierto que es a partir de la década del sesenta cuando se da la mayor explosión de historia social en cuanto a número de investigaciones, nuevas temáticas, cantidad de publicaciones, la constitución de centros especializados y la aparición de revistas dedicadas a la historia social.

La antigüedad de la historia social no es su único problema. Debido a la amplitud del concepto *social*, que prácticamente lo cubre todo y que por ser tan general es difícil encontrar una comunión de ideas en torno suyo o un agrupamiento de estos historiadores alrededor de un único centro, se plantea que los historiadores sociales están divididos en varios grupos o que existen distintos puntos de vista en torno a la historia social. Para J.C.D. Clark hay tres grupos. El primero, los más antiguos, los fabianos y marxistas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, para los que la historia social era una historia económica a pequeña escala. Un segundo grupo, los llamados historiadores de la nueva izquierda, cuyo centro de interés, al igual que sus obras, giraba en torno a las protestas populares, los disturbios, los movi-

mientos radicales, pero sin alejarse del concepto de historia económica. Y como tercer grupo, aquellos que utilizan una metodología no positivista y antirreduccionista liberada de la sujeción a la historia económica.

Para John Breuilly el punto de vista más antiguo es el que ve la historia social como una historia residual de actividades sociales variadas que se realizan fuera de las instituciones políticas y que presenta una tendencia a la trivialización. Otro enfoque del problema es el de la *Societal History*, que pretende ver unidas en un marco único las historias económica, política, militar, etc. Por último, está la visión de la historia de la experiencia social, que trata más de la experiencia que de la acción.

La realidad es que la dispersión experimentada por la historia social en las últimas décadas ha dado lugar a una serie de disciplinas que, como señalábamos al inicio de nuestra exposición, sería necesario esclarecer si son modalidades de la historia social o nuevas disciplinas históricas independientes. Ayudaría a dilucidar este problema definir si cada una de estas disciplinas especializadas tiene una metodología propia o si sus métodos son los mismos de la historia social, y si la historia social tiene una teoría y una metodología únicas. Hasta el momento lo más que se puede afirmar es que estas se apoyan en los métodos de otras ciencias sociales; como la sociología, la etnografía, la antropología. En el caso de la historia de las mentalidades, estos historiadores se han valido del método serial utilizado por la historia económica. Igualmente la llamada «historia demográfica» se ha valido de la cuantificación.

En lo que respecta a la «historia oral», tanto Hobsbawm como Ronald Fraser reconocen que esta no ha llegado a una metodología única. Este último asegura que la historia oral «[...] aunque no haya llegado a una metodología única -cosa que confío no hará nunca-, no es ya la historia ingenua de sus comienzos.»⁷ También Raúl Romero Ramírez destaca la utilización del método oral por la historia social y la antropología, pero aunque su trabajo dice referirse a las «[...] apreciaciones que sobre el método existen entre los historiadores sociales y los antropólogos sociales,»⁸ en realidad su exposición, como la de otros tantos, hace más énfasis en las temáticas que en el método. El propio O. Zanetti reconoce que existen limitaciones metodológicas que -de manera optimista- considera pueden ser superadas en la medida en que se haga más presente y común el intercambio entre historiadores. Pero la realidad a la que aún nos enfrentamos es que se hace todavía difícil hablar de una metodología propia de la historia social, ya que hasta el momento no ha alcanzado el nivel de independencia que le permita presentar una teoría y una metodología única o dominante.

Para Santos Juliá carece de sentido proponer para todo historiador una especie de modelo teórico tomando tres o cuatro teorías sociológicas dominantes

o pretender que el historiador se hace *social* si pide prestado sus conceptos a la sociología. Además, lo cierto es que los historiadores sociales se sustentan en teorías diferentes en correspondencia con las tradiciones historiográficas que sirven de soporte a su trabajo y a su fundamentación ideológica. Así, dentro de la historia social podemos encontrar posiciones opuestas como las de Christopher Hill o Eric Hobsbawm y la de Asa Briggs. Gerald Strauss, haciendo referencia a lo que el llama historia popular, asegura que esta no puede ser neutra, ya que «[...] el tono neutral cede ante una voz partidista en la que el autor habla, favorablemente, de 'generosidad' y espontaneidad de la cultura popular.»⁹ Reafirma que las valoraciones de las costumbres comunes del pasado dependen de la postura política desde la que cada historiador las observa. Si, por lo tanto, aceptamos que la base teórica en que se sustentan los distintos historiadores sociales puede ser diversa, tampoco el elemento teórico servirá para dar unidad a la historia social.

¿Cuál es entonces el elemento en que encontramos más comunión entre los historiadores sociales? Quizás pudiéramos decir que es más de uno. Por un lado, su mayor interrelación con otras ciencias sociales y la utilización de métodos que anteriormente eran patrimonio exclusivo de la sociología, la antropología o la etnografía, por poner algunos ejemplos. Desde otro ángulo, pudiéramos encontrar como elemento de coincidencia los motivos de interés de estos historiadores. Sin embargo, estos intereses han sufrido variaciones con los años y grupos de historiadores sociales.

Los representantes de la segunda generación de los Anales pretendían una visión más totalizadora de la sociedad, mientras que los historiadores marxistas ingleses centraron su interés en captar los procesos de cambio, mientras que para una tercera generación de los Anales, surgida en los ochenta, lo que capta su atención es el acontecimiento, las mentalidades colectivas o la vida cotidiana, aspectos alejados de la lucha de clases, mostrándose, además, desinteresada en el tránsito de un tipo de sociedad a otro y por una historia total.

Un aspecto en el que sí se pueden encontrar abundantes elementos de coincidencia entre los historiadores sociales, independientemente de las distintas ramas en que se han dispersado, es en la novedad y diversidad temáticas que abordan. Partiendo del presupuesto de que todas las formas en que se ha diversificado la historia social, son realmente historia social, podemos establecer una relación temática.

La historia social desde la década del 50 se interesó por la demografía y el parentesco, los estudios urbanos, las clases y grupos sociales, la conciencia colectiva, la cultura, la transformación de la sociedad, los movimientos y protestas sociales, el carácter nacional, la vida familiar y la vida cotidiana, la historia de la mujer, del trabajo o de la educación.

Lo que sí es evidente y no sólo para Cuba, es la necesidad de que la ciencia histórica profundice en la búsqueda de soluciones para una explicación científica, coherente y motivadora de la realidad histórica.

Por su parte, lo que se ha dado en llamar historia de las mentalidades, aborda la estructura de las ideas, los valores, las creencias y la cultura popular, pero a su vez la vida cotidiana, las costumbres.

Los temas de la «historia narrativa» son tan variados como la naturaleza del poder, la autoridad, los sistemas de valores, la juventud, la ancianidad, el trabajo, el amor, el sexo, las enfermedades, la muerte, las religiones, la magia, el miedo, el placer, el odio, la educación, la familia, el parentesco, la comunidad, las clases, o la raza, entre otros. Temas que, como se reconoce¹⁰, son propios también de la historia de las mentalidades.

Si nos detenemos en lo que aborda la «historia de la cultura popular» observamos que esta se ocupa de los gustos, las costumbres, las creencias, los modales, las producciones de objetos, los rituales de la «gente de abajo» y hasta de los valores o de la vida diaria. Como vemos, se manifiesta nuevamente la coincidencia temática.

Si a lo que se refieren otros historiadores es a una «microhistoria», sus temas son similares con la particularidad de que pueden ser reducidos a la historia de una población, localidad, comunidad o un individuo como son los casos de la historia de Menochino o Martín Guerre.

El abordar nuevos y diversos temas así como el interés por recuperar el gusto por la narrativa son factores que han contribuido a la explosión experimentada por la historia social. Estas nuevas temáticas más vinculadas a los problemas e intereses del hombre común, del lector no especializado, y la forma de exposición más amena, es, en muchos casos, lo que ha posibilitado el incremento de publicaciones y la motivación de numerosos historiadores por acercarse a este tipo de historia.

Igualmente, puede ser otro elemento característico de la historia social la utilización, con una nueva óptica, de las fuentes o la incorporación de otras nuevas. Actualmente es común que los historiadores sociales hagan uso frecuente de los protocolos notariales, los testamentos, los documentos judiciales y fichas policíacas, los diarios y cartas personales, los exvotos, la iconografía, los inventarios caseros o las fuentes orales, entre otros.

A todo lo anteriormente expresado podría sumarse la utilización de una nueva forma de exponer los conocimientos históricos, la utilización de un discurso más ameno, más accesible a todos, lo que algu-

nos llaman una nueva narrativa, que posibilite atraer no solo al especialista por el estudio y conocimiento de la historia, sino a sectores más amplios de la población y, especialmente, a la juventud.

Investigaciones y estudios realizados entre jóvenes cubanos, pero cuyos resultados son coincidentes con los reportados por análisis realizados en otros países, demuestran que hay deficiencia en el conocimiento histórico y poca motivación por el estudio de esta disciplina. Considero, por lo tanto, y coincido con O. Zanetti, que una aproximación a estos nuevos temas y una renovación de la forma de exposición podría contribuir a subsanar algunas de las dificultades a que hoy nos enfrentamos. Pero esa transformación, ese cambio, no será un proceso ni rápido ni fácil si se quiere ir más allá de que sea asumido como meta o moda por los que hacen historia; quedan aún conceptos por clarificar y preguntas a las que hay que buscarles respuestas: ¿Qué historia queremos hacer? ¿Se continuará hacia una dispersión de las disciplinas históricas? ¿Se irá a la investigación de microhistorias o se debe lograr una historia total?

Se están observando en estos tiempos signos de incorfomidad con los resultados logrados entre los que se ocupan de la historia social o de algunas de las disciplinas en las que esta ha derivado y se oyen de nuevo voces que claman por una historia total, globalizada.

Hobsbawn alertaba:

No puedo señalar ni un solo trabajo como ejemplo de la historia de la sociedad a la cual, creo, deberíamos aspirar [...] me da la impresión de que, hasta ahora, los esfuerzos para convertir una historia social global en síntesis populares o han tenido poco éxito o, con todos sus grandes méritos de los cuales el estímulo no es el menor, han pecado de esquemáticas y poco sólidas. La historia de la sociedad está aún en construcción.¹¹

La incorfomidad que aquí demuestra Hobsbawn está dada por su reclamo de una historia globalizadora, pues con acierto valora que para una historia de la sociedad no se pueden separar los aspectos sociales del resto de los aspectos de la existencia del hombre.

La aspiración a una historia total está presente, La aspiración a una historia total está presente, de una u otra forma, en Natalie Zemon, quien postula

la necesidad de relación entre la microhistoria y la macrohistoria, de forma que tengan una cierta consistencia entre ellas. También se expresa en David Carradine, para quien la historia total es la historia a la que deberíamos aspirar, o Bartolomé Bennassar, para quien la historia de las mentalidades tendrá que fundirse en la historia total. Finalmente, Santos Juliá afirma que la historia social no puede «[...] ofrecer visiones coherentes de un largo proceso o de una totalidad social».¹²

Independientemente de las polémicas y de los diferentes criterios entre los especialistas, (ya que hay quienes también afirman que la historia local o la microhistoria pueden cumplir esa función totalizadora), la dispersión de las disciplinas históricas en historias independientes dificulta aún más el logro de esa historia global a la que muchos aspiran. Pudiéramos también coincidir con algunos en que lo social no es un tipo de historia en particular, sino una dimensión que debe estar presente en todos los tipos de historia. Lo que sí es evidente y no solo para Cuba, es la necesidad de que la ciencia histórica explicación científica, coherente y motivadora de la realidad histórica, una historia global, que como dice Fontana, signifique no solo

Una mayor atención al texto y al discurso, la preocupación por el medio natural, una consideración del cambio económico que se ocupe más de las transformaciones internas y de los problemas de distribución, en lugar de limitarse a razonar en términos de agregados «nacionales»; una «historia social» que abandone la tentación de manipular mecánicamente los conceptos de clase -sin renunciar a ellos- y se base en un análisis minucioso de los grupos y su comportamiento y, finalmente, una incorporación adecuada de cuanto se refiere a las ideas de los hombres, desde lo que sabemos definir como «cultura» hasta lo que quepa en la más nebulosa de las definiciones de mentalidades.¹³

Esa puede ser la vía por la que continúe la búsqueda sin la necesidad de desconocer lo aportado por el marxismo, el marxismo original —no la versión deformada y esquematizada por el stalinismo— ese marxismo de Carlos Marx que perseguía como objetivo brindar una historia global o total. Tampoco debemos abandonar u olvidar lo logrado por lo mejor de nuestra tradición historiográfica. La tarea a

la que debemos enfrentarnos no es fácil, aunque necesaria. Hay que emprenderla no por ponernos a tono con los «aires que soplan», sino por una urgencia que reclama la ciencia histórica y nuestras condiciones actuales. Pero solo el tiempo, el trabajo científico, esforzado y sistemático de los historiadores podrá brindar la respuesta deseada.

Notas

1. Oscar Zanetti Lecuona, «Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba». *Temas*, La Habana, 1(1), enero-marzo, 1995: 119-20, 125.
2. Carlos M. Rama, *La historiografía como ciencia histórica*, Ed. Montesinos, 1984.
3. Bartolomé Bennassar, «Historia de las mentalidades». en: *La historiografía de Occidente desde 1945*, Universidad de Navarra, 1985.
4. René Pillorget, «Historia social de los tiempos modernos», en: *La historiografía de Occidente desde 1945*, Ed. Universidad de Navarra, 1985.
5. Eric J. Hobsbawm, «De la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social*, Valencia, (10), 1991.
6. E.P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Ed. Crítica, Barcelona, 1981: 118-19.
7. Ronald Fraser, «Historia oral, historia social», *Historia Social*, Valencia, (17), 1993: 131.
8. Véase Raúl Romero Ramírez, «Problemas del método en las investigaciones multidisciplinarias: la historia social y la antropología», *La formación del historiador*, (12), Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 1986.
9. Gerald Strauss, «El dilema de la historia popular», *Taller de Historia*, Valencia, (4), 1994: 82-3.
10. Véase Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1986.
11. Eric J. Hobsbawm, Ob. cit: 25.
12. Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, Ed. Siglo Veintiuno, 1989.
13. Josep Fontana, «Después de la tormenta. 'revisiónista' una primera ojeada a la situación actual», en: *La historia social después del fin de la historia: acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992: 135.